

1er. Capítulo

CARLOS RUIZ ZAFÓN
El palacio de la medianoche



Un gran enigma en Calcuta. Un tren en llamas
siembra el terror en las sombras de la noche.

 Planeta

CARLOS RUIZ ZAFÓN

EL PALACIO DE LA MEDIANOCHE

EL RETORNO DE LA OSCURIDAD

Calcuta, mayo de 1916.

Poco después de la medianoche, una barcaza emergió de la neblina nocturna que ascendía de la superficie del río Hooghly como el hedor de una maldición. A proa, bajo la tenue claridad que proyectaba un candil agonizante asido al mástil, podía adivinarse la figura de un hombre envuelto en una capa bogando trabajosamente hacia la orilla lejana. Más allá, al oeste, el perfil de Fort William en el Maidán se erguía bajo un manto de nubes de ceniza a la luz de un infinito sudario de faroles y hogueras que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Calcuta.

El hombre se detuvo unos segundos para recuperar el aliento y contemplar la silueta de la estación de Jheeter's Gate, que se perdía definitivamente en la tiniebla que cubría la otra orilla del río. A cada metro que se adentraba en la bruma, la estación de acero y cristal se confundía con otros tantos edificios anclados en esplendores olvidados. Sus ojos vagaron entre aquella selva de mausoleos de mármol ennegrecido por décadas de abandono y paredes desnudas a las que la furia del monzón había arrancado su piel ocre, azul y dorada y las había desdibujado como acuarelas desvaneciéndose en un estanque.

Tan sólo la certeza de que apenas le quedaban unas horas de vida, quizá unos minutos, le permitió continuar la marcha, abandonando en las entrañas de aquel lugar maldito a la mujer a quien había jurado proteger con su propia vida. Aquella noche, mientras el teniente Peake emprendía su último viaje a Calcuta a bordo de una vieja barcaza, cada segundo de su vida se desvanecía bajo la lluvia que había llegado al amparo de la madrugada.

Al tiempo que luchaba por arrastrar la nave hacia la orilla, el teniente podía oír el llanto de los dos niños ocultos en el interior de la sentina. Peaje volvió la vista atrás y comprobó que las luces de la otra barcaza parpadeaban apenas un centenar de metros tras él, ganando terreno. Podía imaginar la sonrisa de su perseguidor, saboreando la caza, inexorable.

Ignoró las lágrimas de hambre y frío de los niños y dedicó todas las fuerzas que le restaban a pilotar la nave hasta el margen del río que venía a morir en el umbral del laberinto insondable y fantasmal de las calles de Calcuta. Doscientos años habían bastado para transformar la densa jungla que crecía alrededor del Kalighat en una ciudad donde Dios no se habría atrevido a entrar jamás.

En pocos minutos la tormenta se había cernido sobre la ciudad con la cólera de un espíritu destructor. A mediados de abril y hasta bien entrado el mes de junio, la ciudad se

consumía en las garras del llamado verano indio. Durante esos días, la ciudad soportaba temperaturas de 40 grados y un nivel de humedad al filo de la saturación. Minutos después, bajo el influjo de violentas tormentas eléctricas que convertían el cielo en un lienzo de pólvora, los termómetros podían descender treinta grados en cuestión de segundos.

El manto torrencial de la lluvia velaba la visión de los raquíticos muelles de madera podrida que se balanceaban sobre el río. Peake no cejó en su empeño hasta sentir el impacto del casco contra los maderos del muelle de pescadores y, sólo entonces, caló la vara en el fondo fangoso y se apresuró a buscar a los niños, que yacían envueltos en una manta. Al tomarlos en sus brazos, el llanto de los bebés impregnó la noche como el rastro de sangre que guía al depredador hasta su presa. Peake los apretó contra su pecho y saltó a tierra.

A través de la espesa cortina de agua que caía con furia se podía observar la otra barcaza aproximándose lentamente a la orilla como una nave funeraria. Sintiendo el latigazo del pánico, Peaje corrió hacia las calles que bordeaban el Maidán por el sur y desapareció en las sombras de aquel tercio de la ciudad al que sus privilegiados habitantes, europeos y británicos en su mayoría, denominaban la *ciudad blanca*.

Tan sólo albergaba una esperanza de poder salvar la vida de los niños, pero estaba aún lejos del corazón del sector Norte de Calcuta, donde se alzaba la morada de Aryami Bosé. Aquella anciana era la única que podía ayudarle ahora. Peake se detuvo un instante y oteó la inmensidad tenebrosa del Maidán en busca del brillo lejano de los pequeños faroles que dibujaban estrellas parpadeantes al Norte de la ciudad. Las calles oscuras y enmascaradas por el velo de la tormenta serían su mejor escondite. El teniente asió a los niños con fuerza y se alejó de nuevo en dirección Este, en busca del cobijo de las sombras de los grandes edificios palaciegos del centro de la ciudad.

Instantes después, la barcaza negra que le había dado caza se detuvo junto al muelle. Tres hombres saltaron a tierra y amarraron la nave. La compuerta de la cabina se abrió lentamente y una oscura silueta envuelta en un manto negro recorrió la pasarela que los hombres habían tendido desde el muelle, ignorando la lluvia. Una vez en tierra firme, alargó su mano envuelta en un guante negro y, señalando hacia el punto donde Peake había desaparecido, esbozó una sonrisa que ninguno de sus hombres pudo ver bajo la tormenta.

* * *

La carretera oscura y sinuosa que cruzaba el Maidán y bordeaba la fortaleza se había transformado en un barrizal bajo los embates de la lluvia. Peake recordaba vagamente haber cruzado aquella parte de la ciudad durante sus tiempos de luchas callejeras a las órdenes del coronel Llewelyn, a plena luz del día y a las riendas de un caballo junto con un escuadrón del ejército sediento de sangre.

El destino, irónicamente, le llevaba ahora a recorrer aquella extensión de campo abierto que Lord Clive había hecho arrasar en 1758 para que los cañones de Fort William pudieran disparar libremente en todas direcciones. Pero esta vez él era la presa.

El teniente corrió desesperadamente hacia la arboleda, mientras sentía sobre él las miradas furtivas de silenciosos vigilantes ocultos entre las sombras, habitantes nocturnos del Maidán.

Sabía que nadie saldría a su paso para asaltarle y tratar de arrebatarse la capa o los niños que lloraban en sus brazos. Los moradores invisibles de aquel lugar podían oler el rastro de la muerte pegada a sus talones y ninguna alma osaría interponerse en el camino de su perseguidor.

Peake saltó las verjas que separaban el Maidán de Chowringhee Road y se internó en la arteria principal de Calcuta. La majestuosa avenida se extendía sobre el antiguo trazado del camino que, apenas trescientos años antes, cruzaba la jungla bengalí en dirección Sur, hacia el templo de Kali, el Kalighat, que había dado origen al nombre de la ciudad.

El habitual enjambre nocturno que merodeaba en las noches de Calcuta se había retirado ante la lluvia, y la ciudad ofrecía el aspecto de un gran bazar abandonado y sucio. Peake sabía que la cortina de agua que ahogaba la visión y le servía de cobertura en la noche cerrada podía desvanecerse tan rápidamente como había aparecido. Las tempestades que se adentraban desde el océano hasta el delta del Ganges se alejaban rápidamente hacia el Norte o hacia el Oeste tras descargar su diluvio purificador sobre la península de Bengala, dejando un rastro de brumas y calles anegadas por charcas ponzoñosas donde los niños jugaban sumergidos hasta la cintura y donde los carromatos se quedaban varados igual que buques a la deriva.

El teniente corrió rumbo al extremo Norte de Chowringhee Road hasta sentir que los músculos de sus piernas flaqueaban y que apenas era capaz de seguir sosteniendo el peso de los niños en sus brazos. Las luces del sector Norte parpadeaban en las proximidades bajo el telón aterciopelado de la lluvia. Peake era consciente de que no podría seguir manteniendo aquel ritmo mucho más tiempo y de que la casa de Aryami Bosé aún se encontraba lejos de allí. Precisaba hacer un alto en la marcha.

Se detuvo a recuperar el aliento oculto bajo la escalinata de un viejo almacén de telas cuyos muros estaban sembrados de carteles que anunciaban su pronto derribo por orden oficial. Recordaba vagamente haber inspeccionado aquel lugar años atrás bajo la denuncia de un rico comerciante que afirmaba que en su interior se ocultaba un importante fumadero de opio.

Ahora, el agua sucia se filtraba entre los escalones desvencijados, recordaba sangre negra brotando de una herida profunda. El lugar aparecía desolado y desierto. El teniente alzó a los niños hasta su rostro y contempló los ojos aturdidos de los bebés; ya no lloraban, pero se estremecían de frío. La manta que los cubría estaba empapada. Peake tomó las diminutas manos en las suyas con la esperanza de darles calor mientras oteaba entre las rendijas de la escalinata en dirección a las calles que emergían del Maidán. No recordaba cuántos asesinos había reclutado su perseguidor, pero sabía que sólo quedaban dos balas en su revólver, dos balas que debía administrar con tanta astucia como fuera capaz de conjurar; había disparado el resto en los túneles de la estación. Envolvió de nuevo a los niños en la manta con el extremo menos húmedo del tejido y los dejó unos segundos en un espacio de suelo seco que se adivinaba bajo una oquedad en la pared del almacén.

Peake extrajo su revólver y asomó la cabeza lentamente bajo los escalones. Al Sur, Chowringhee Road, desierta, semejaba un escenario fantasmal esperando el inicio de la representación. El teniente forzó la vista y reconoció la estela de luces lejanas al otro lado del río Hooghly. El sonido de unos pasos apresurados sobre el empedrado anegado por la lluvia le sobresaltó y se retiró de nuevo a las sombras.

Tres individuos emergieron de la oscuridad del Maidán, un oscuro reflejo de Hyde Park esculpido en plena jungla tropical. Las hojas de los cuchillos brillaron en la penumbra como lenguas de plata candente. Peake se apresuró a tomar a los niños de nuevo en sus brazos e inspiró hondo, consciente de que, si huía en ese momento, los hombres caerían sobre él al igual que una jauría hambrienta en cuestión de segundos.

El teniente permaneció inmóvil contra la pared del almacén y vigiló a sus tres perseguidores, que se habían detenido un instante en busca de su rastro. Los tres asesinos a sueldo intercambiaron unas palabras ininteligibles y uno de ellos indicó a los otros que se separaran. Peake se estremeció al comprobar que uno de ellos, el que había dado la orden de desplegarse, se dirigía directamente hacia la escalera bajo la que se ocultaba. Por un segundo, el teniente pensó que el olor de su temor le conduciría hasta su escondite.

Sus ojos recorrieron desesperadamente la superficie del muro bajo la escalinata en busca de alguna abertura por la que huir. Se arrodilló junto a la oquedad donde había dejado reposar a los niños segundos antes y trató de forzar los tablones desclavados y reblandecidos por la humedad. La lámina de madera, herida por la podredumbre, cedió sin dificultad, y Peake sintió una exhalación de aire nauseabundo que emanaba del interior del

sótano del edificio ruinoso. Volvió la vista atrás y observó al asesino, que apenas se encontraba a una veintena de metros del pie de la escalinata y blandía el cuchillo en sus manos.

Rodeó a los niños con su propia capa para protegerlos y reptó hacia el interior del almacén. Una punzada de dolor, a unos centímetros por encima de la rodilla, le paralizó súbitamente la pierna derecha. Peake se palpó con manos temblorosas y sus dedos rozaron el clavo oxidado que se hundía dolorosamente en su carne. Ahogando el grito de agonía, Peake asió la punta del frío metal, tiró de él con fuerza y sintió que la piel se desgarraba a su paso y que la tibia sangre brotaba entre sus dedos. Un espasmo de náusea y dolor le nubló la visión durante varios segundos. Jadeante, tomó de nuevo a los niños y se incorporó trabajosamente. Ante él se abría una fantasmal galería con cientos de estanterías vacías de varios pisos formando una extraña retícula que se perdía en las sombras. Sin dudarle un instante, corrió hacia el otro extremo del almacén, cuya estructura herida de muerte crujía bajo la tormenta.

* * *

Cuando Peake emergió de nuevo al aire libre después de haber atravesado cientos de metros en las entrañas de aquel edificio ruinoso, descubrió que se hallaba a un centenar escaso de metros del Tiretta Bazar, uno de los muchos centros de comercio del área Norte. Bendió su fortuna y se dirigió hacia el complejo entramado de calles estrechas y sinuosas que componían el corazón de aquel abigarrado sector de Calcuta, en dirección a la morada de Aryami Bosé.

Empleó diez minutos en recorrer el camino hasta el hogar de la última dama de la familia Bosé. Aryami vivía sola en un antiguo caserón de estilo bengalí que se alzaba tras la espesa vegetación salvaje que había crecido en el patio durante años, sin la intervención de la mano del hombre, y que le confería el aspecto de un lugar abandonado y cerrado. Sin embargo, ningún habitante del Norte de Calcuta, un sector también conocido como la *ciudad negra*, hubiera osado traspasar los límites de aquel patio y adentrarse en los dominios de Aryami Bosé. Quienes la conocían la apreciaban y respetaban tanto como la temían. No había una sola alma en las calles del Norte de Calcuta que no hubiera oído hablar de ella y de su estirpe en algún momento de su vida. Entre las gentes de aquel lugar, su presencia era comparable a la de un espíritu: poderosa e invisible.

Peake corrió hasta el portón de lanzas negras que abría el sendero tomado por los arbustos en el patio y se apresuró hasta la escalinata de mármol quebrado que ascendía a la puerta de la casa. Sosteniendo a los dos niños con un brazo, llamó repetidamente a la puerta con el puño, esperando que el fragor de la tormenta no ahogase el sonido de su llamada.

El teniente golpeó la puerta por espacio de varios minutos, con la vista fija en las calles desiertas a su espalda y alimentando el temor de ver aparecer a sus perseguidores en cualquier momento. Cuando la puerta cedió ante él, Peake se volvió y la luz de un candil le cegó mientras una voz que no había oído en cinco años pronunciaba su nombre en voz baja. Peake se cubrió los ojos con una mano y reconoció el semblante impenetrable de Aryami Bosé.

La mujer leyó en su mirada y observó a los niños. Una sombra de dolor se extendió sobre su rostro. Peake bajó la mirada.

—Ella ha muerto, Aryami —murmuró Peake—. Ya estaba muerta cuando llegué...

Aryami cerró los ojos y respiró profundamente. Peake comprobó que la confirmación de sus peores sospechas se abría camino en el alma de la dama como una salpicadura de ácido.

—Entra —le dijo finalmente, cediéndole el paso y cerrando la puerta a sus espaldas.

Peake se apresuró a depositar a los niños sobre una mesa y a despojarlos de las ropas mojadas. Aryami, en silencio, tomó paños secos y envolvió a los niños mientras Peake avivaba el fuego para hacerles entrar en calor.

—Me siguen, Aryami —dijo Peake—. No puedo quedarme aquí.

—Estás herido —indicó la mujer señalando la punzada que el clavo del almacén le había producido.

—Es solamente un rasguño superficial —mintió Peake—. No me duele.

Aryami se acercó hasta él y tendió su mano para acariciar el rostro sudoroso de Peake.

—Tú siempre la quisiste...

Peake desvió la mirada hasta los pequeños y no respondió.

—Podrían haber sido tus hijos —dijo Aryami—. Quizá así hubiesen tenido mejor suerte.

—Debo irme ya, Aryami —concluyó el teniente—. Si me quedo aquí, no se detendrán hasta encontrarme.

Ambos intercambiaron una mirada derrotada, conscientes del destino que esperaba a Peake tan pronto volviese a las calles. Aryami tomó las manos del teniente entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Nunca fui buena contigo —le dijo—. Temía por mi hija, por la vida que podía tener junto a un oficial británico. Pero estaba equivocada. Supongo que nunca me lo perdonarás.

—Eso ya no tiene ninguna importancia —respondió Peake—. Debo irme. Ahora.

Peake se acercó un último instante a contemplar a los niños que descansaban al calor del fuego. Los bebés le miraron con curiosidad juguetona y ojos brillantes, sonrientes. Estaban a salvo. El teniente se dirigió hasta la puerta y suspiró profundamente. Tras aquel par de minutos en reposo, el peso de la fatiga y el dolor palpitante que sentía en la pierna cayeron sobre él implacablemente. Había apurado hasta el último aliento de sus fuerzas para conducir a los bebés hasta aquel lugar y ahora dudaba de su capacidad para hacer frente a lo inevitable. Afuera, la lluvia seguía azotando la maleza y no había señal de su perseguidor ni de sus esbirros.

—Michael... —dijo Aryami a sus espaldas.

El joven se detuvo sin volver la vista atrás.

—Ella lo sabía —mintió Aryami—. Lo supo desde siempre y estoy segura de que, de alguna manera, te correspondía. Fue por mi culpa. No le guardes rencor.

Peake asintió en silencio y cerró la puerta a sus espaldas. Permaneció unos segundos bajo la lluvia y después, con el alma en paz, reemprendió el camino al encuentro de sus perseguidores. Deshizo sus pasos hasta llegar al lugar por donde había salido del almacén abandonado para internarse de nuevo en las sombras del viejo edificio en busca de un escondite donde disponerse a esperar.

Mientras se ocultaba en la oscuridad, el agotamiento y el dolor que sentía se fundieron paulatinamente en una embriagadora sensación de abandono y paz. Sus labios dibujaron un amago de sonrisa. Ya no tenía ningún motivo, ni esperanza, para seguir viviendo.

* * *

Los dedos largos y afilados del guante negro acariciaron la punta ensangrentada del clavo que asomaba del madero roto, al pie de la entrada al sótano del almacén. Lentamente, mientras sus hombres esperaban en silencio a su espalda, la esbelta figura que ocultaba su rostro tras la capucha negra se llevó la yema del índice a los labios y lamió la gota de sangre oscura y espesa saboreándola como si se tratase de una lágrima de miel. Tras unos segundos, se volvió hacia aquellos hombres que había comprado horas antes por unas simples monedas y la promesa de un nuevo pago al término de su labor y señaló hacia el interior del edificio. Los tres esbirros se apresuraron a introducirse a través de la trampilla que Peake había abierto minutos antes. El encapuchado sonrió en la oscuridad.

—Extraño lugar has elegido para venir a morir, teniente Peake —murmuró para sí mismo.

Oculto tras una columna de cajas vacías en las entrañas del sótano, Peake observó a las tres siluetas introducirse en el edificio y, aunque no podía verle desde allí, tuvo la

certeza de que su amo estaba esperando al otro lado del muro. Presentía su presencia. Peake extrajo su revólver e hizo girar el barrilete hasta situar una de las dos balas en la recámara, amortiguando el sonido del arma bajo la túnica empapada que le cubría. Ya no sentía reparos en emprender el camino hacia la muerte, pero no pensaba recorrerlo en solitario.

La adrenalina que corría por sus venas había mitigado el dolor punzante de su rodilla hasta convertirlo en un latido sordo y distante. Sorprendido ante su propia serenidad, Peake sonrió de nuevo y permaneció inmóvil en su escondite. Contempló el lento avance de los tres hombres a través de los pasillos entre las estanterías desnudas, hasta que sus verdugos se detuvieron a una decena de metros.

Uno de los hombres alzó la mano en señal de alto e indicó unas marcas en el suelo. Peake colocó su arma a la altura del pecho, apuntando hacia ellos, y tensó el gatillo del revólver.

A una nueva señal, los tres hombres se separaron. Dos de ellos rodearon lentamente el camino que conducía hasta la pila de cajas, y el tercero caminó en línea recta hacia Peake. El teniente contó mentalmente hasta cinco y, de súbito, empujó la columna de cajas sobre su atacante. Las cajas se desplomaron encima de su oponente y Peake corrió hacia la abertura por la que habían entrado.

Uno de los asesinos a sueldo salió a su encuentro en una intersección del corredor, blandiendo la hoja del cuchillo a un palmo de su rostro. Antes de que aquel criminal de alquiler pudiera sonreír victorioso, el cañón del revólver de Peake se clavó bajo su barbilla.

—Suelta el cuchillo —escupió el teniente.

El hombre leyó los ojos glaciales del teniente e hizo lo que se le ordenaba. Peake lo asió brutalmente del pelo y, sin retirar el arma, se volvió hacia sus aliados escudándose con el cuerpo de su rehén. Los otros dos matones se acercaron lentamente hacia él, acechantes.

—Teniente, ahórranos la escena y entrégnanos lo que buscamos —murmuró una voz familiar a su espalda—. Estos hombres son honrados padres de familia.

Peake volvió la vista al encapuchado que sonreía en la penumbra a escasos metros de él. Algún día no muy lejano había aprendido a apreciar aquel rostro como el de un amigo. Ahora apenas podía reconocer en él a su asesino.

—Voy a volar la cabeza de este hombre, Jawahal —gimió Peake.

Su rehén cerró los ojos, temblando.

El encapuchado cruzó las manos pacientemente y emitió un leve suspiro de fastidio.

—Hazlo si te complace, teniente —repuso Jawahal—, pero eso no te sacará de aquí.

—Hablo en serio —replicó Peake hundiendo la punta del cañón bajo la barbilla del matón.

—Claro, teniente —dijo Jawahal en tono conciliador—. Dispara si tienes el valor necesario para matar a un hombre a sangre fría y sin el permiso de su majestad. De lo contrario, suelta el arma y así podremos llegar a un acuerdo provechoso para ambas partes.

Los dos asesinos armados se habían detenido y permanecían inmóviles, dispuestos a saltar sobre él a la primera señal del encapuchado. Peake sonrió.

—Bien —dijo finalmente—. ¿Qué te parece este acuerdo?

Peake empujó a su rehén al suelo y se volvió hacia el encapuchado, con el revólver en alto. El eco del primer disparo recorrió el sótano. La mano enguantada del encapuchado emergió de la nube de pólvora con la palma extendida. Peake creyó ver el proyectil aplastado brillando en la penumbra y fundiéndose lentamente en un hilo de metal líquido que resbalaba entre los dedos afilados al igual que un puñado de arena.

—Mala puntería, teniente —dijo el encapuchado—. Vuélvelo a intentar, pero esta vez, más cerca.

Sin darle tiempo a mover un músculo, el encapuchado tomó la mano armada de Peake y llevó la punta de la pistola a su rostro, entre los ojos.

—¿No te enseñaron a hacerlo así en la academia? —le susurró.

—Hubo un tiempo en que fuimos amigos —dijo Peake.

Jawahal sonrió con desprecio.

—Ese tiempo, teniente, ha pasado —respondió el encapuchado.

—Que Dios me perdone —gimió Peake, presionando de nuevo el gatillo.

En un instante que le pareció eterno, Peake contempló cómo la bala perforaba el cráneo de Jawahal y le arrancaba la capucha de la cabeza. Durante unos segundos, la luz atravesó la herida sobre aquel rostro congelado y sonriente. Luego, el orificio humeante abierto por el proyectil se cerró lentamente sobre sí mismo y Peake sintió que su revólver le resbalaba entre los dedos.

Los ojos encendidos de su oponente se clavaron en los suyos y una lengua larga y negra asomó entre sus labios.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad, teniente? ¿Dónde están los niños?

No era una pregunta; era una orden.

Peake, mudo de terror, negó con la cabeza.

—Como quieras.

Jawahal atenazó su mano y Peake sintió que los huesos de sus dedos estallaban bajo la carne. El espasmo de dolor le derribó al suelo de rodillas, sin respiración.

—¿Dónde están los niños? —repitió Jawahal.

Peake trató de articular unas palabras, pero el fuego que ascendía del muñón ensangrentado que segundos antes había sido su mano le había paralizado el habla.

—¿Quieres decir algo, teniente? —murmuró Jawahal, arrodillándose frente a él.

Peake asintió.

—Bien, bien —sonrió su enemigo—. Francamente, tu sufrimiento no me divierte. Ayúdame a ponerle fin.

—Los niños han muerto —gimió Peake.

El teniente advirtió la mueca de disgusto que se dibujaba en el rostro de Jawahal.

—No, no. Lo estabas haciendo muy bien, teniente. No lo estropees ahora.

—Han muerto —repitió Peake.

Jawahal se encogió de hombros y asintió lentamente.

—Está bien —concedió—. No me dejas otra opción. Pero antes de que te vayas permíteme recordarte que, cuando la vida de Kylian estaba en tus manos, fuiste incapaz de hacer nada por salvarla. Hombres como tú fueron la causa de que ella muriera. Pero los días de esos hombres han acabado. Tú eres el último. El futuro es mío.

Peake alzó una mirada suplicante a Jawahal y, lentamente, advirtió que las pupilas de sus ojos se afilaban en un estrecho corte sobre dos esferas doradas. El hombre sonrió y con infinita delicadeza empezó a quitarse el guante que le cubría la mano derecha.

—Lamentablemente, tú no vivirás lo suficiente para verlo —añadió Jawahal—. No creas ni por un segundo que tu heroico acto ha servido de nada. Eres un estúpido, teniente Peake. Siempre me diste esa impresión, y a la hora de morir no haces más que confirmármela. Espero que haya un infierno para los estúpidos, Peake, porque ahí es adonde voy a enviarte.

Peake cerró los ojos y oyó el siseo del fuego a unos centímetros de su rostro. Luego, tras un instante interminable, sintió unos dedos ardientes que se cerraban sobre su garganta y segaban su último aliento de vida. Mientras, en la lejanía, oía el sonido de aquel tren maldito y las voces espectrales de cientos de niños aullando entre las llamas. Después, la oscuridad.

* * *

Aryami Bosé recorrió la casa y fue apagando una a una las velas que iluminaban su santuario. Dejó tan sólo la tímida lumbre del fuego, que proyectaba halos fugaces de luz sobre las paredes desnudas. Los niños dormían ya al calor de las brasas y apenas el repiqueteo de la lluvia sobre los postigos cerrados y el crujir de las briznas del fuego rompían el silencio sepulcral que reinaba en toda la casa. Lágrimas silenciosas resbalaron sobre su rostro y cayeron sobre su túnica dorada mientras Aryami tomaba con manos temblorosas el retrato de su hija Kylian de entre los objetos que atesoraba en un pequeño cofre de bronce y marfil.

Un viejo fotógrafo itinerante procedente de Bombay había tomado aquella imagen un tiempo antes de la boda sin aceptar pago alguno a cambio. La imagen la mostraba tal y como Aryami la recordaba, envuelta en aquella extraña luminosidad que parecía emanar de Kylian y que embelesaba a cuantos la conocían, del mismo modo en que había embrujado al ojo experto del retratista, que la bautizó con el apodo con que todos la recordaban: la princesa de luz.

Por supuesto, Kylian nunca fue una verdadera princesa ni tuvo más reino que las calles que la habían visto crecer. El día que Kylian dejó la morada de los Bosé para vivir con su esposo, las gentes del Machuabazaar la despidieron con lágrimas en los ojos mientras veían pasar la carroza blanca que se llevaba para siempre a la princesa de la *ciudad negra*. Era apenas una chiquilla cuando el destino se la llevó y jamás volvió.

Aryami se sentó junto a los niños frente al fuego y apretó la vieja fotografía contra su pecho. La tormenta rugió de nuevo y Aryami rescató la fuerza de su ira para decidir qué debía hacer ahora. El perseguidor del teniente Peake no se contentaría con acabar con él. El valor del joven le había granjeado unos minutos preciosos que no podía desperdiciar bajo ningún concepto, ni siquiera para llorar la memoria de su hija. La experiencia ya le había enseñado que el futuro le reservaría más tiempo del tolerable para lamentarse de los errores cometidos en el pasado.

* * *

Dejó la fotografía de nuevo en el cofre y tomó la medalla que había hecho forjar para Kylian años atrás, una joya que jamás llegó a lucir. La medalla se componía de dos círculos de oro, un sol y una luna, que encajaban el uno con el otro formando una única pieza. Presionó en el centro de la medalla y ambas partes se separaron. Aryami engarzó cada una de las dos mitades de la medalla en sendas cadenas de oro y las colocó en torno al cuello de cada uno de los niños.

Mientras lo hacía, la dama meditaba en silencio las decisiones que debía tomar. Sólo un camino parecía apuntar hacia su supervivencia: debía separarlos y alejarlos el uno del otro, borrar su pasado y ocultar su identidad al mundo y a sí mismos, por doloroso que ello pudiera resultar. No era posible mantenerlos juntos sin delatarse tarde o temprano. Aquél era un riesgo que no podía asumir a ningún precio. Y necesariamente debía afrontar aquel dilema antes del amanecer.

Aryami tomó a los dos bebés en sus brazos y los besó suavemente en la frente. Las manos diminutas acariciaron su rostro y sus dedos minúsculos palparon las lágrimas que cubrían sus mejillas mientras las miradas risueñas de ambos la escrutaban sin comprender. Los estrechó de nuevo en sus brazos y los devolvió a la pequeña cuna que había improvisado para ellos.

Tan pronto como los hubo dejado reposar, prendió la lumbre de un candil y tomó pluma y papel. El futuro de sus nietos estaba ahora en sus manos. Inspiró profundamente y empezó a escribir. A lo lejos podía oír la lluvia que ya amainaba y los sonidos de la tormenta que se alejaban hacia el Norte, tendiendo sobre Calcuta un infinito manto de estrellas.

* * *

Thomas Carter había creído que, al cumplir la cincuentena, la ciudad de Calcuta, su hogar durante los últimos treinta y tres años, ya no reservaría más sorpresas para él.

Al amanecer de aquel día de mayo de 1916, tras una de las tormentas más furiosas que recordaba fuera de la época del monzón, la sorpresa llegó a las puertas del orfanato St. Patrick's en forma de una cesta con un niño y una carta lacrada dirigida a su exclusiva atención personal.

La sorpresa venía por partida doble. En primer lugar, nadie se molestaba en abandonar a un niño en Calcuta a las puertas de un orfanato; habíacallejones, vertederos y

pozos por toda la ciudad para hacerlo más cómodamente. Y, en segundo lugar, nadie escribía misivas de presentación como aquella, firmadas y sin duda posible respecto a su autoría.

Carter examinó sus lentes al trasluz y exhaló el vaho de su aliento sobre los cristales para facilitar su limpieza con un pañuelo de algodón crudo y envejecido que empleaba para tal tarea no menos de veinticinco veces al día, treinta y cinco durante los meses del verano indio.

El niño descansaba abajo, en el dormitorio de Vendela, la enfermera jefe, bajo su atenta vigilancia, tras haber sido reconocido por el doctor Woodward, que fue arrancado del sueño poco antes del alba y a quien, a excepción de su deber hipocrático, no se le dieron más explicaciones.

El niño estaba esencialmente sano. Mostraba ciertos signos de deshidratación, pero no parecía estar afectado por ninguna fiebre del amplio catálogo que acostumbraba a segar las vidas de miles de criaturas como aquella y les negaba el derecho a alcanzar la edad necesaria para aprender a pronunciar el nombre de su madre. Todo cuanto venía con él era la medalla en forma de sol de oro que Carter sostenía entre sus dedos y aquella carta. Una carta que, si había de dar por verdadera, y le costaba encontrar una alternativa a esa posibilidad, le colocaba en una situación comprometida.

Carter guardó la medalla bajo llave en el cajón superior de su escritorio, y tomó de nuevo la misiva y la releyó por décima vez.

Apreciado Mr. Carter,

Me veo obligada a solicitar su ayuda en las más penosas circunstancias, apelando a la amistad que me consta le unió a mi difunto marido durante más de diez años. Durante ese período, mi esposo no escatimó elogios para con su honestidad y la extraordinaria confianza que usted siempre le inspiró. Por ello, hoy le ruego que atienda mi súplica, por extraña que pueda parecerle, con la mayor urgencia y, si cabe, con el mayor de los secretos.

El niño que me veo obligada a entregarle ha perdido a sus padres a manos de un asesino que juró matar a ambos y acabar igualmente con su descendencia. No puedo ni creo oportuno revelarles los motivos que le llevaron a cometer tal acto. Bastará con decirle que el hallazgo del niño debe ser mantenido en secreto y que bajo ningún concepto debe usted dar parte del mismo a la policía o a las autoridades británicas, puesto que el asesino dispone de conexiones en ambos organismos que no tardarían en llevarle hasta él.

Por motivos obvios, no puedo criar al niño a mi lado sin exponerle a sufrir el mismo destino que acabó con sus padres. Por ello le ruego que se haga cargo de él, le dé un nombre y le eduque en los rectos principios de su institución para hacer de él el día de mañana una persona tan honrada y honesta como lo fueron sus padres.

Soy consciente de que el niño no podrá conocer jamás su pasado, pero es de vital importancia que así sea.

No dispongo de mucho tiempo para brindarle más detalles, y me veo de nuevo en la obligación de recordarle

la amistad y la confianza que tuvo usted en mi esposo para legitimar mi petición.

Le suplico que, al término de la lectura de esta misiva, la destruya, así como cualquier signo que pudiera delatar el hallazgo del niño. Siento no poder efectuar esta petición en persona, pero la gravedad de la situación me lo impide.

En la confianza de que sabrá tomar la decisión adecuada, reciba mi eterna gratitud.

ARYAMI BOSÉ

Una llamada a su puerta le arrancó de la lectura. Carter se quitó los lentes, dobló cuidadosamente la carta y la depositó en el cajón de su escritorio, que cerró con llave.

— Adelante — indicó.

Vendela, la enfermera jefe del St. Patrick's, se asomó a su despacho con su sempiterno semblante adusto y oficioso. Su mirada no inspiraba buenos augurios.

— Hay un caballero abajo que desea verle — dijo escuetamente.

Carter frunció el ceño.

— ¿De qué se trata?

— No me ha querido dar detalles — respondió la enfermera, pero su expresión parecía insinuar claramente que su instinto olfateaba que tales detalles, de haberlos, resultaban vagamente sospechosos.

Tras una pausa, Vendela entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

— Creo que se trata de lo del niño — dijo la enfermera con cierta inquietud —. No le he dicho nada.

— ¿Ha hablado con alguien más? — inquirió Carter.

Vendela negó con la cabeza. Carter asintió y guardó la llave de su escritorio en el bolsillo de su pantalón.

— Puedo decirle que no está aquí en este momento — apuntó Vendela.

Carter consideró la opción por un instante y determinó que, si las sospechas de Vendela apuntaban en la dirección correcta (y solían hacerlo), aquello no haría más que reforzar la apariencia de que el St. Patrick's tenía algo que ocultar. La decisión se fraguó al instante.

— No. Le recibiré, Vendela. Hágale pasar y asegúrese de que nadie del personal habla con él. Discreción absoluta sobre este asunto. ¿De acuerdo?

— Comprendido.

Carter oyó alejarse por el pasillo los pasos de Vendela mientras limpiaba de nuevo sus lentes y comprobaba que la lluvia volvía a golpear en los cristales de su ventana con impertinencia.

* * *

El hombre vestía una larga capa negra y su cabeza estaba envuelta en un turbante sobre el que se apreciaba un medallón oscuro que emulaba la silueta de una serpiente. Sus estudiados ademanes sugerían los de un próspero comerciante del Norte de Calcuta y sus rasgos parecían vagamente hindúes, aunque su piel reflejaba una palidez enfermiza, la piel de alguien a quien nunca alcanzarán los rayos del sol. El mestizaje de razas nacido de Calcuta había fundido en sus calles a bengalíes, armenios, judíos, anglosajones, chinos, musulmanes e innumerables grupos llegados hasta el campo de Kali en busca de fortuna o refugio. Aquel rostro podría haber pertenecido a cualquiera de esas etnias y a ninguna.

Carter sintió los ojos penetrantes en su espalda, inspeccionándole cuidadosamente, mientras servía las dos tazas de té en la bandeja con que Vendela les había provisto.

— Siéntese, por favor — indicó Carter amablemente al desconocido —. ¿Azúcar?

— Lo tomaré como usted.

La voz del desconocido no mostraba acento ni expresión alguna. Carter tragó saliva, fijó una sonrisa cordial en sus labios y se volvió tendiendo la taza de té al sujeto. Dedos enfundados en un guante negro, largos y afilados como garras, se cerraron sobre la porcelana ardiente sin vacilación. Carter tomó asiento en su butaca y removió el azúcar en su propia taza.

—Siento importunarle en estos momentos, Mr. Carter. Imagino que tendrá usted mucho que hacer, por lo que seré breve —afirmó el hombre.

Carter asintió cortésmente.

—¿Cuál es entonces el motivo de su visita, señor...?—empezó Carter.

—Mi nombre es Jawahal, Mr. Carter —explicó el desconocido—. Le seré muy franco. Tal vez mi pregunta le parezca extraña, pero ¿han encontrado un niño, un bebé de apenas unos días, durante la noche pasada o durante el día de hoy?

Carter frunció el ceño y lució su mejor semblante de sorpresa. Ni demasiado obvio ni demasiado sutil.

—¿Un niño? Creo que no comprendo.

El hombre que afirmaba llamarse Jawahal sonrió ampliamente.

—Verá. No sé por dónde empezar. Lo cierto es que se trata de una historia un tanto embarazosa. Confío en su discreción, Mr. Carter.

—Cuenta con ella, señor Jawahal —repuso Carter tomando un sorbo de su taza de té.

El hombre, que no había probado la suya, se relajó y se dispuso a aclarar sus demandas.

—Poseo un importante negocio textil en el Norte de la ciudad —explicó—. Soy lo que podríamos llamar un hombre de posición acomodada. Algunos me llaman rico y no les falta razón. Tengo muchas familias a mi cargo y me honra tratar de ayudarlas en cuanto está a mi alcance.

—Todos hacemos cuanto podemos, tal como están las cosas —añadió Carter, sin apartar su mirada de aquellos dos ojos negros e insondables.

—Claro —continuó el desconocido—. El motivo que me ha traído a su honorable institución es un penoso asunto al que quisiera poner solución cuanto antes. Hace una semana una muchacha que trabaja en uno de mis talleres dio a luz a un niño. El padre de la criatura es, al parecer, un bribón angloindio que la frecuentaba y cuyo paradero, una vez tuvo noticia del embarazo de la muchacha, es desconocido. Al parecer, la familia de la joven es de Delhi, musulmanes y gentes estrictas, que no estaban al corriente del asunto.

Carter asintió gravemente, mostrando su conmiseración por la historia referida.

—Hace dos días supe por uno de mis capataces que la muchacha, en un raptó de locura, huyó de la casa donde vivía con unos familiares con la idea de, al parecer, vender al niño —prosiguió Jawahal—. No la juzgue mal, es una muchacha ejemplar, pero la presión que pesaba sobre ella la desbordó. No debe extrañarle. Este país, al igual que el suyo, Mr. Carter, es poco tolerante con las debilidades humanas.

—¿Y cree usted que el niño puede estar aquí, señor Jahawal? —preguntó Carter, buscando reconducir el hilo de vuelta a la madeja.

—Jawahal —corrigió el visitante—. Verá. Lo cierto es que, una vez tuve conocimiento de los hechos, me sentí en cierto modo responsable. Después de todo, la muchacha trabajaba bajo mi techo. Yo y un par de capataces de confianza recorrimos la ciudad y averiguamos que la joven había vendido al niño a un despreciable criminal que comercia con criaturas para mendigar. Una realidad tan lamentable como habitual hoy día. Dimos con él pero, por circunstancias que ahora no vienen al caso, escapó en el último momento. Esto sucedió anoche, en las inmediaciones de este orfanato. Tengo motivos para pensar que, por miedo a lo que pudiera sucederle, este individuo quizá abandonó al niño en la vecindad.

—Comprendo —dictaminó Carter—. ¿Y ha puesto este asunto en conocimiento de las autoridades locales, señor Jawahal? El tráfico de niños está duramente castigado, como sabrá.

El desconocido cruzó las manos y suspiró levemente.

—Confíaba en poder solucionar el tema sin necesidad de llegar a ese extremo —dijo—. Francamente, si lo hiciese, implicaría a la joven y el niño quedaría sin padre, ni madre.

Carter calibró cuidadosamente la historia del desconocido y asintió lenta y repetidamente en señal de comprensión. No creía ni una sola coma de toda la narración.

—Siento no poder serle de ayuda, señor Jawahal. Por desgracia, no hemos encontrado a ningún niño ni hemos tenido noticia de que ello haya ocurrido en la zona —explicó Carter—. De todos modos, si me proporciona sus datos, me pondría en contacto con usted en caso de que hubiese cualquier noticia, aunque me temo que me vería obligado a informar a las autoridades en el caso de que un niño fuese abandonado en este hospital. Es la ley, y yo no puedo ignorarla.

El hombre contempló a Carter en silencio durante unos segundos, sin parpadear. Carter le sostuvo la mirada sin alterar su sonrisa un ápice, aunque sentía cómo se le encogía el estómago y su pulso se aceleraba igual que lo hubiese hecho de hallarse frente a una serpiente dispuesta a saltar sobre él.

Finalmente, el desconocido sonrió con cordialidad y señaló la silueta del Raj Bhawan, el edificio del gobierno británico, de aspecto palaciego, que se alzaba en la distancia bajo la lluvia.

—Ustedes, los británicos, son admirablemente observadores de la ley y eso los honra. ¿No fue Lord Wellesley quien decidió cambiar la sede del gobierno en 1799 a ese magnífico enclave para darle nueva envergadura a su ley? ¿O fue en 1800? —inquirió Jawahal.

—Me temo que no soy un buen conocedor de la historia local —apuntó Carter, desconcertado por el extravagante giro que Jawahal había dado a la conversación.

El visitante frunció el ceño en señal de amable y pacífica desaprobación de su declarada ignorancia.

—Calcuta, con apenas doscientos cincuenta años de vida, es una ciudad tan desprovista de historia que lo menos que podemos hacer por ella es conocerla, Mr. Carter. Volviendo al tema, yo diría que fue en 1799. ¿Sabe la razón del traslado? El gobernador Wellesley dijo que la India debía ser gobernada desde un palacio y no desde un edificio de contables; con las ideas de un príncipe y no las de un comerciante de especias. Toda una visión, diría yo.

—Sin duda —corroboró Carter, incorporándose con la intención de despedir al extraño visitante.

—Más, si cabe, en un imperio donde la decadencia es un arte y Calcuta su mayor museo —añadió Jawahal.

Carter asintió vagamente sin saber muy bien a qué.

—Siento haberle hecho perder su tiempo, Mr. Carter —concluyó Jawahal.

—Al contrario —repuso Carter—. Tan sólo lamento no poder serle de mayor ayuda. En casos así, todos tenemos que hacer cuanto esté en nuestra mano.

—Así es —corroboró Jawahal, incorporándose a su vez—. Le agradezco su amabilidad de nuevo. Tan sólo quisiera formularle una pregunta más.

—La contestaré con sumo gusto —replicó Carter, rogando internamente la llegada del momento en que poder librarse de la presencia de aquel individuo.

Jawahal sonrió maliciosamente, como si hubiese leído sus pensamientos.

—¿Hasta qué edad permanecen los muchachos que recogen con ustedes, Mr. Carter?

Carter no pudo ocultar su gesto de extrañeza ante la cuestión.

—Confío en no haber cometido ninguna indiscreción —se apresuró a matizar Jawahal—. Si así fuera, ignore mi cuestión. Es simple curiosidad.

—En absoluto. No es ningún secreto. Los internos del St. Patrick's permanecen bajo nuestro techo hasta el día que cumplen los dieciséis años. Pasado ese plazo, concluye el

período de tutela legal. Ya son adultos, o así lo cree la ley, y están en disposición de emprender su propia vida. Como verá, ésta es una institución privilegiada.

Jawahal le escuchó atentamente y pareció meditar sobre el tema.

— Imagino que debe de ser doloroso para usted verlos partir tras tenerlos todos esos años a su cuidado— observó Jawahal—. De algún modo, usted es el padre de todos esos chicos.

— Forma parte de mi trabajo — mintió Carter.

— Por supuesto. Sin embargo, perdone mi atrevimiento, pero ¿cómo saben ustedes cuál es la verdadera edad de un chico que carece de padres y familia? Un tecnicismo, supongo...

— La edad de cada uno de nuestros internos se fija en la fecha de su ingreso o por un cálculo aproximado que la institución aplica — explicó Carter, incómodo ante la perspectiva de discutir procedimientos del St. Patrick's con aquel desconocido.

— Eso le convierte en un pequeño Dios, Mr. Carter — comentó Jawahal.

— Es una apreciación que no comparto — respondió secamente Carter.

Jawahal saboreó el desagrado que había aflorado al rostro de Carter.

— Disculpe mi osadía, Mr. Carter — repuso Jawahal—. En cualquier caso, me alegra haberle conocido. Es posible que le visite en el futuro y pueda hacer una contribución a su noble institución. Tal vez vuelva dentro de dieciséis años y pueda así conocer a los muchachos que hoy mismo entrarán a formar parte de su gran familia...

— Será un placer recibirle entonces, si así lo desea— dijo Carter, acompañando al desconocido hasta la puerta de su despacho—. Parece que la lluvia arrecia otra vez. Tal vez prefiera usted esperar a que amaine.

El hombre se volvió hacia Carter y las perlas negras de sus ojos brillaron intensamente. Aquella mirada parecía haber estado calibrando cada uno de sus gestos y expresiones desde el momento en que había penetrado en su despacho, husmeando en las fisuras y analizando pacientemente sus palabras. Carter lamentó haber hecho aquel ofrecimiento de extender la hospitalidad del St. Patrick's.

En aquel preciso instante, Carter deseaba pocas cosas en el mundo con la misma intensidad con que ansiaba perder de vista a aquel individuo. Poco le importaba si un huracán estaba arrasando las calles de la ciudad.

— La lluvia cesará pronto, Mr. Carter — respondió Jawahal—. Gracias de todos modos.

Vendela, precisa como un reloj, estaba esperando en el pasillo el fin de la entrevista, y escoltó al visitante hasta la salida. Desde la ventana de su despacho, Carter contempló aquella silueta negra alejándose bajo la lluvia hasta verla desaparecer al pie de la colina entre las callejuelas. Permaneció allí, frente a su ventana, con la mirada fija en el Raj Bhawan, la sede del gobierno. Minutos después, la lluvia, tal como Jawahal había predicho, cesó.

Thomas Carter se sirvió otra taza de té y se sentó en su butaca a contemplar la ciudad. Se había criado en un lugar similar al que ahora dirigía, en las calles de Liverpool. Entre los muros de aquella institución había aprendido tres cosas que iban a presidir el resto de su vida: a apreciar el valor de lo material en su justa medida, a amar a los clásicos y, en último lugar pero no por ello menos importante, a reconocer a un mentiroso a una milla de distancia.

Saboreó el té sin prisa y decidió empezar a celebrar su cincuenta aniversario, a la vista de que Calcuta todavía tenía sorpresas reservadas para él. Se acercó hasta su armario de vitrinas y extrajo la caja de cigarros que reservaba para las ocasiones memorables. Prendió un largo fósforo y encendió el valioso ejemplar con toda la parsimonia que requería el ceremonial.

Luego, aprovechando la llama providencial de aquella cerilla, extrajo la carta de Aryami Bosé del cajón de su escritorio y le prendió fuego. Mientras el pergamino se reducía a cenizas en una pequeña bandeja grabada con las iniciales del St. Patrick's,

Carter se deleitó con el tabaco y, en honor a uno de sus ídolos de juventud, Benjamin Franklin, decidió que el nuevo inquilino del orfanato St. Patrick's crecería con el nombre de Ben y que él personalmente pondría todo su empeño en que el muchacho encontrase entre aquellas cuatro paredes a la familia que el destino le había robado.

Antes de proseguir con mi narración y entrar a detallar los acontecimientos realmente significativos de este relato, que tuvieron lugar dieciséis años más tarde, debo detenerme brevemente para presentar a algunos de sus protagonistas. Baste decir que, mientras todo esto sucedía en las calles de Calcuta, algunos de nosotros aún no habíamos nacido y otros contábamos con apenas unos días de vida. Sólo una circunstancia nos era común y acabaría por unirnos bajo el techo del St. Patrick's: nunca tuvimos una familia ni un hogar.

Aprendimos a sobrevivir sin ninguna de las dos cosas o, mejor, inventando nuestra propia familia y creando nuestro propio hogar. Una familia y un hogar elegidos libremente, donde no cabían el azar ni la mentira. Ninguno de los siete conocía más padre que a Mr. Thomas Carter y sus discursos sobre la sabiduría que escondían las páginas de Dante y Virgilio, ni más madre que la ciudad de Calcuta, con los misterios que albergaban sus calles bajo las estrellas de la península de Bengala.

Nuestro club particular tenía un nombre pintoresco, cuyo origen verdadero sólo conocía Ben, que lo bautizó a su capricho, aunque algunos manteníamos la sospecha de que había tomado la denominación prestada de un viejo catálogo de importadores por correo de Bombay. Sea como fuere, la Chowbar Society se constituyó en algún momento de nuestras vidas, a partir del cual los juegos del orfanato ya no ofrecían desafíos tentadores. Por el contrario, nuestra astucia estaba lo suficientemente desarrollada como para lograr escabullirnos impunemente del edificio al filo de la madrugada, pasado el toque de queda de la venerable Vendela, rumbo a nuestra sede social, la muy secreta y rumoreadamente encantada casa abandonada que ocupó durante décadas la esquina de Cotton Street y Brabourne Road, en plena ciudad negra y a tan sólo un par de bloques del río Hooghly.

En honor a la verdad, debo decir que aquel caserón, al que nosotros denominábamos con orgullo el Palacio de la Medianoche (en consideración al horario de nuestras sesiones plenarias), nunca estuvo encantado. La fama de su embrujo, empero, no era ajena a nuestra labor subterránea. Uno de nuestros miembros fundadores, Siraj, asmático profesional y experto erudito en historias de fantasmas, aparecidos y encantamientos de la ciudad de Calcuta, tramó una leyenda convenientemente siniestra y verosímil respecto a un supuesto antiguo inquilino. Esto ayudaba a mantener limpio y libre de intrusos nuestro refugio secreto.

La historia, en breves palabras, versaba sobre un viejo comerciante que se aparecía envuelto en un manto blanco y recorría el caserón levitando sobre el suelo, con los ojos encendidos como brasas y largos colmillos lobunos asomando entre sus labios, sediento de almas incautas y fisgonas. El matiz de los ojos y los colmillos, por supuesto, era una aportación personal e intransferible de Ben, aficionado irredento a urdir tramas cuya truculencia colocaba a los clásicos de Mr. Carter, Sófocles y el sangriento Homero incluidos, a la altura del betún.

Pese a las resonancias jocosas de su nombre, la Chowbar Society era un club tan selecto y estricto como los que poblaban los edificios eduardianos del centro de Calcuta y emulaban a sus homónimos en Londres; salones donde vegetar, brandy en mano, era patrimonio de los más altos patricios sajones. Nuestro propósito, sin embargo, a falta de escenario más glorioso, era más noble.

La Chowbar Society había nacido con dos misiones irrenunciables. La primera, garantizar a cada uno de sus siete miembros la ayuda, la protección y el apoyo incondicional de los demás, bajo cualquier circunstancia, peligro o adversidad. La segunda, compartirlos conocimientos que cada uno de nosotros iba adquiriendo y ponerlos al alcance de los otros, armándonos para el día en que cada uno tuviéramos que enfrentarnos al mundo en solitario.

Cada miembro había jurado por su nombre y su honor (no disponíamos de parientes próximos a los que hipotecar en juramentos) cumplir con estos dos propósitos y guardar el secreto de la sociedad. En los siete años de su existencia ininterrumpida, jamás se aceptó un nuevo miembro. Miento, hicimos una excepción, pero relatarla ahora sería adelantar acontecimientos...

Nunca hubo un club donde sus miembros estuviesen más unidos y donde la importancia del juramento tuviese tanto peso. A diferencia de los clubes de los caballeros adinerados de Mayfair, ninguno de nosotros tenía un hogar o una querida que nos esperaba a la salida del Palacio de la Medianoche. Y también en clara divergencia con los vetustos montepíos para ex alumnos de Cambridge, la Chowbar Society admitía mujeres.

Empezaré pues por la primera mujer que suscribió el juramento como miembro fundador de la Chowbar Society, aunque cuando la ceremonia tuvo lugar, ninguno de nosotros (la aludida incluida, a sus nueve años) pensaba en ella como en una mujer. Su nombre era Isobel y, tal como ella decía, había nacido para las candilejas. Isobel soñaba con convertirse en la sucesora de Sarah Bernhardt, seducir a los públicos desde Broadway a Shafestbury, y colocar en el desempleo a las divas de la naciente industria del cine en Hollywood y Bombay. Coleccionaba recortes y programas de teatro, escribía sus propios dramas («monólogos activos», decía ella) y los representaba para todos nosotros con notable éxito. Sobresalían sus excelentes composiciones de mujer fatal al borde del abismo. Bajo su talante extravagante y melodramático, Isobel poseía, con la probable excepción de Ben, el mejor cerebro del grupo.

Las mejores piernas, sin embargo, pertenecían a Roshan. Nadie corría como Roshan, que había crecido en las calles de Calcuta al cuidado de ladrones, mendigos y toda una suerte de fauna de aquella jungla de pobreza que eran los nacientes barrios en expansión al sur de la ciudad. A los ocho años, Thomas Carter lo trajo al St. Patrick's y, tras varias fugas y retornos, Roshan decidió quedarse con nosotros. Entre sus talentos estaba la cerrajería. No había en la Tierra un cerrojo que se resistiera a sus artes.

Ya he hablado de Siraj, nuestro especialista en casas encantadas. Siraj, amén de su asma, su complexión débil y su salud enfermiza, poseía una memoria enciclopédica, especialmente en lo tocante a historias tenebrosas de la ciudad (y las había a cientos). En los relatos fantasmales que adornaban nuestras veladas señaladas, Siraj era el documentalista y Ben el fabulador. Desde el fantasma cabalgante de Hastings House al espectro del líder revolucionario del motín de 1857, pasando por el horripilante suceso del llamado agujero negro de Calcuta (donde murieron más de cien hombres asfixiados tras ser apresados en un asedio al antiguo Fort William), no había cuento ni episodio macabro de la historia de la ciudad que escapase al control, análisis y archivo de Siraj. Huelga decir que, para los demás, su pasión era motivo de regocijo y celebración. Para su desgracia, sin embargo, Siraj sentía una adoración por Isobel rayana en lo enfermizo. No pasaban seis meses sin que sus propuestas de matrimonio futuro (invariablemente declinadas) fueran causa de tormenta romántica en el grupo y agudizasen el asma del pobre amante ignorado.

Los afectos de Isobel eran competencia exclusiva de Michael, un muchacho alto, delgado y taciturno que se entregaba a largas melancolías sin motivo aparente y que tenía el dudoso privilegio de haber llegado a conocer y recordar a sus padres, muertos en unas inundaciones en el delta del Ganges al volcar una barcaza sobreocupada. Michael hablaba poco y sabía escuchar. Sólo existía un modo de llegar a conocer sus pensamientos: observar las decenas de dibujos que hacía durante el día. Ben solía decir que, si hubiese más de un Michael en el mundo, él invertiría su fortuna (por ganar, todavía) en acciones de compañías papeleras.

El mejor amigo de Michael era Seth, un muchacho bengalí fuerte y de semblante severo que sonreía unas seis veces al año y aun así con reparos. Seth era un estudioso de cuanto se pusiera en su línea de tiro, devorador incansable de los clásicos de Mr. Carter y aficionado a la Astronomía. Cuando no estaba con nosotros, dedicaba todos sus empeños a la construcción de un extraño telescopio con el que Ben solía decir que no llegaría a verse

ni la punta de los pies. Seth nunca apreció el sentido del humor vagamente cáustico de Ben.

Tan sólo me queda Ben y, aunque le he dejado para el final, me resulta muy difícil hablar de él. Había un Ben diferente para cada día. Su humor cambiaba a la media hora y pasaba de largos silencios con el rostro triste a períodos de hiperactividad que acababan por agotarnos a todos. Un día quería ser escritor; al siguiente, inventor y matemático; al otro, navegante o buceador; y el resto, todo junto y algunas cosas más. Ben inventaba teorías matemáticas que ni él mismo conseguía recordar, y escribía historias de aventuras tan disparatadas que acababa por destruirlas a la semana de terminarlas, avergonzado de haberlas firmado. Ametrallaba constantemente a todos cuantos le rodeábamos con ocurrencias extravagantes y con enrevesados juegos de palabras que siempre se negaba a repetir. Ben era como un baúl sin fondo, lleno de sorpresas y también de misterios, de luces y sombras. Ben era, y supongo que sigue siéndolo, aunque haga décadas que no nos vemos, mi mejor amigo.

En cuanto a mí, hay poco que contar. Llamadme simplemente Ian. Sólo tuve un sueño, un sueño modesto: estudiar Medicina y llegar a ejercer como médico. La fortuna fue amable conmigo y me lo concedió. Como escribió una vez Ben en una de sus cartas, «yo pasaba por allí y vi lo que estaba sucediendo».

Recuerdo que, en los últimos días de aquel mes de mayo de 1932, los siete miembros de la Chowbar Society íbamos a cumplir los dieciséis años. Aquella era una edad fatídica, temida y a la vez esperada con ansia por todos.

A los dieciséis años, el St. Patrick's nos devolvía, según rezaban sus estatutos, a la sociedad, para que creyéramos como hombres y mujeres y nos convirtiésemos en adultos responsables. Aquella fecha tenía otro significado que todos comprendíamos muy bien: significaba la disolución definitiva de la Chowbar Society. A partir de aquel verano, nuestros caminos se separaban, y pese a nuestras promesas y a las amables mentiras que nos habíamos llegado a vender a nosotros mismos, sabíamos que el vínculo que nos había unido no tardaría en desvanecerse como un castillo de arena a la orilla del mar.

Son tantos los recuerdos que conservo de aquellos años en el St. Patrick's, que incluso hoy me sorprende a mí mismo sonriendo ante las ocurrencias de Ben y las fantásticas historias que compartimos en el Palacio de la Medianoche. Pero quizá, de todas aquellas imágenes que se resisten a perderse en la corriente del tiempo, la que siempre he recordado con más intensidad era la de aquella figura que tantas veces creí ver al anochecer en el dormitorio que compartíamos casi todos los chicos del St. Patrick's, una larga estancia, oscura y de techos altos y abovedados que hacía pensar en la sala de un hospital. Supongo que, una vez más, el insomnio que siempre padecí hasta pasados dos años de mi viaje a Europa me convirtió en espectador de cuanto sucedía a mi alrededor mientras los demás dormían plácidamente.

Fue allí, en aquella sala desangelada, donde tantas veces me pareció ver aquella pálida luz cruzar la habitación. Sin saber cómo reaccionar, trataba de incorporarme y seguir el reflejo hasta el extremo de la estancia, y en ese momento la observaba de nuevo, del modo en que había soñado con verla en tantas otras ocasiones. La silueta evanescente de una mujer envuelta en mantos de luz espectral se inclinaba con lentitud sobre la cama en la que Ben dormía profundamente. Yo luchaba por mantener los ojos abiertos y creía ver a la dama de luz acariciar maternalmente a mi amigo. Contemplaba su rostro ovalado y transparente envuelto en un halo brillante y vaporoso. La dama alzaba los ojos y me miraba. Lejos de sentir miedo, yo me perdía en el pozo de aquella mirada triste y herida. La princesa de luz me sonreía y luego, tras acariciar de nuevo el rostro de Ben, su silueta se desvanecía en el aire en una lluvia de lágrimas de plata.

Siempre mantuve la fantasía de que aquella visión encarnaba la sombra de una madre que Ben nunca llegó a conocer y, en algún lugar de mi corazón, albergaba la esperanza infantil de que, si algún día lograba rendirme al sueño, una aparición como aquella velara también por mí. Ése fue el único secreto que nunca compartí con nadie, ni siquiera con Ben.

